

¡NO BASTA ARIEL, QUEREMOS ACCION

Ariel, lánzate de una vez por todas a los aires, desprende tu masa inmóvil de la madera, mármol o piedra y no te desvanescas, no. Dirige, primero, una mirada a este continente y, con el santiamén que dura tu relámpago bastará para que te percares - de tu fracaso como inspiración de los hombres que lo habitan.

Sí, sabemos de las buenas intenciones del maestro Próspero, pero para nosotros no - es ni sabio ni mago; es más, su nombre suena hueco en los oídos de la juventud a la cual él tanto amó.

Ariel, fui ste un anuncio, pero no un hacer, una voluntad sin acción, un deseo sin esfuerzo de realización. Hoy nuestro pueblo no requiere de planes idealistas, ni - nos hacen falta charlas o conferencias de eruditos maestros para discutir las perspectivas y horizontes; nuestra tarea como pueblo consiste en utilizar todas las oca- siones y situaciones para suscitar no sólo la voluntad de acción, sino la acción -- misma. ¿Que Próspero habló de acción? Sí, es cierto; citó a Fausto, por ejemplo: "En el principio la acción era". Y casi al final de su clase magisterial describe tus altivos ojos como la chispa inquieta de la vida. Insisto: tus ojos no bastan, como no bastan tampoco el esfuerzo del intelectual, ni los combates por las causas del espíritu. Nuestra América no se convulsiona por chispas inquietantes, llama u hoguera; es un incendio el que consume sus mismas entrañas, el que provoca gritos de dolor, angustia y terror, y no, precisamente, de júbilo como hubiese querido.

14 Ariel-Próspero-Rodó por mucho que pregonaste la "fuerza en movimiento", la vocación dichosa de la acción, "la incipiente acción" etc., etc., no pudiste superar la esfe- ra etérea de las ideas y preferiste dejar la acción en manos de las futuras genera- ciones. Dijiste a los intelectuales de tu época: "consagrada una parte de vuestra alma al porvenir desconocido". Y yo te digo, que no se trata de dar, sino de dar- se; que no se trata de entregar parte del alma, sino de entregarse en cuerpo y al- ma.

Tuviste tu verdad que ya no es mi verdad, nuestra verdad. Desempeñaste bien tu pa- pel en la historia y propusiste un tipo de intelectual valedero para tu época, pero ya no para la nuestra.

Te preguntarás cuál es el actual tipo de intelectual. Lo siento, pero no podría -- responderte a cabalidad. ¿Has oído decir que América es una diversidad con unidad? Pues, precisamente lo mismo puede afirmarse de los intelectuales, por ello no es vá- lido generalizar. Sin embargo, me gustaría hablar de ellos; no tanto de los actua- les provenientes de ayer, sino de los que están por hacerse y los que ya se están - haciendo.

Es bien sabido en nuestro mundo que en la formación del hombre se da una importan- cia preferente a lo abstracto, que en nuestra sociedad el poder de descubrir está - estrechamente ligado al razonamiento y que las teorías legitiman la práctica, gra- cias a un lenguaje también abstracto. Naturalmente que no estoy en contra de las - disciplinas abstractas, pero creo que la sobrevaloración de las actividades inte- lectuales y su exceso de formalismo nublan nuestra apreciación de la utilidad, por el instrumento de análisis que constituyen, para transformar lo concreto.

Se trata de utilizar herramientas intelectuales para incidir con eficacia en la so- ciedad. Y que me disculpe el maestro Próspero, pero si un intelectual no va a ser hombre de acción eficaz, aquí y ahora, no lo queremos ni lo necesitamos. No desea- mos tampoco intelectuales con parálisis moral, provocada por los conocimientos mis- mos, que vivan, piensen y escriban al margen de las condiciones históricas.

Queremos intelectuales que sepan conjugar abstracción y concreción, teoría y práctica y creo que la única manera de lograrlo es a través del trabajo educativo productivo.

Al trabajo educativamente productivo lo conciben los pedagogos como un producto mental acompañado por lo general por la actividad manual. Pero no toda actividad mental ni todo trabajo son educativamente productivos. Así por ejemplo el esfuerzo mental de ciertas teorías económicas o sociales no representan soluciones reales a los problemas y males concretos. De forma similar uno puede sembrar un huerto casero y fracasar una y otra vez sin que con ello se contribuya a la economía del hogar.

Lo que quiero decir es que la formación de los intelectuales y jóvenes estudiantes debe realizarse simplemente a través de los libros sino mediante alguna forma de trabajo que redunde en beneficio de la colectividad. Para llevar a cabo esta idea se requiere evidentemente de una reforma y reestructuración de la educación así como del sistema social, económico y político imperante.

Estoy segura de que estas líneas han perturbado la eternidad de su paz, Don Enrique. Lo siento nuevamente, señor, tácheme de pragmática, utilitarista, materialista y todo lo que usted desee. Pero, déjeme decirle que no soy la creadora de esta brillante propuesta. Ya Gandhi lanzó la idea de hacer del trabajo manual una parte integrante de nuestra formación.

Marx, coloca al trabajo en el centro de la cultura y del desarrollo universal de la personalidad. Aunque vale aclarar que las revoluciones marxistas de nuestros tiempos nada han hecho por modificar las relaciones entre los obreros-campesinos y los técnicos y dirigentes.

También esta idea forma parte de las concepciones pedagógicas de José Martí. Este gran americano afirmó: "el hombre crece con el trabajo que sale de sus manos"; y otra expresión igualmente bella: "Y detrás de cada escuela un taller agrícola, bajo la lluvia y al sol, donde cada estudiante sembrase un árbol" pues de textos, semillas y meramente lineales no nacen, no, las frutas de la vida.

Para terminar este pequeño ensayo cito al poeta libanés Kahlil Gibrán; "Y yo os digo que la vida es, en efecto, oscuridad excepto cuando en ella hay estímulo.

Todo estímulo es ciego si no hay conocimiento,

todo conocimiento es vano, si no va acompañado por el trabajo"

